

Parcas

No supe cómo fue, pero cuando menos
pensé ya había caído al suelo.

"José... José... macho, ¿has visto?
joder tío"
...hasta que desperté de mi estupor, no
había ya vuelta de hoja.
...

Lo vi. Con una monotonía impasible,
recorrí su silueta de abajo arriba como
ahora recorro la línea que va de mi
muñeca al dedo índice. No me arrepiento,
total, se lo merecía. Llevaba muchos
años tragándome la bilis.

Hoy sé que tenía la libertad
en mi mano.

Karina Morales Gálvez.

Una historia oculta. Un juego.

Tradicionalmente, la
exposición se concibe como un
viaje, privado y extenso, entre
el fotógrafo y el público. La
colocación de la imagen dentro
de ese espacio o el estudio de
la luz que recibe son
elementos comunes en la
sintaxis de cada exhibición.

Permítanos añadirnos, tras
varias colaboraciones, dentro
de este escenario. Proponemos
un juego de microrrelatos, de
variada índole, que tienen una
referencia implícita sobre una
foto de la presente muestra.
Léanlos antes de entrar
-tabula rasa- o después del
garbeo -memoria visual-. Cada
uno entenderá a su modo las
conexiones que establece la
fotografía con el microrrelato,
y viceversa.

Si creen haberlo adivinado,
pueden escribirnos:
karina.morales-galvez@yale.edu
o
gonzalo.hernandez@uky.edu

El Regresado

Quizá nunca tuve que haberme largado. Quizá hubiera
sido mejor quedarme y aguantar, echarle yemas al asunto.
Aunque ya para entonces era tarde. Quizá porque cuatro
años hendieron honda pérdida, el día del regreso sentí que
me atomizaba en varias direcciones. Para que se me
entienda, no era comparable a la simple oscilación emotiva,
ese ir y venir con la lágrima agarrada a un puño que tiene
todo regreso. No. Me sentí de un modo u otro que repoblaba
el desierto, que me irisaba en cada uno de los espacios
colmados de ausencia. Yo, el regresado, el retornado, fui
dejando alrededor de mí presentes sucesiones de un yo
multiplicado. Hasta que me topé con el muro, con el sólido
muro que tiene la puta desmemoria de la gente.

Gonzalo Hernández Baptista.

APUNTES FOTOGRÁFICOS, LA EXPOSICIÓN

La ciudadela naranja

Atocha es el lugar más feroz de Madrid. En la estación la ciudad se
muestra más cansada, más apresurada, más jodida, más harta de sí
misma, más amenazante y también más viva. Madrid no da la
bienvenida a nadie. Por eso recibe a los forasteros en un sitio duro
de pelar. Algo propio de una ciudad que se grita así misma por las
noches rebuscando en los contenedores de basura.

Las palmeras que se pudren en el jardín están envenenadas por los
fantasmas de la fritanga y el hollín de la antigua Atocha, que
jamás se ha ido. El hedor a podrido y el aroma de un viento que
huele a aventura delatan que la antigua estación sigue presente y
algo amenazante, como esos barcos vikingos que se pudren bajo el
fango del Guadalquivir a su paso por Sevilla.

Los que gobiernan Atocha se agolpan en torno al muro naranja con
el que temerosamente se quiso civilizar el lugar, pero ese muro
también se erigió para salvar a Madrid de esta ciudadela
amenazante. La tribu que la domina de vez en cuando hace amagos de
intentar lo imposible: apoderarse del resto de la ciudad para
incendiarla, para gastarse en tetrabricks de vino el dinero que
pagan los feligreses por encender velas.

-Dame un eurillo socio, que tengo que coger un tren pa Aranjuez.
Vengaaa socio... Pues venga, dame un cigarro.

Pero los planes de los salvajes pronto se vienen abajo. Ellos mismos
caen al suelo con la conciencia lejos y los ojos abiertos. En esos
ojos se refleja el abismo del que todos huimos. Los pobladores de
Atocha no son monstruos, son gente que espera desde hace demasiado
tiempo su sueño. Los monstruos somos los demos, los que no queremos
mirar.

Gracias por mirar, David.

Ramón Peco - Periodista. www.ramonpeco.es

RECUPERANDO MEMORIAS

EL CHINO DOMÍNGUEZ, EL FOTÓGRAFO DE LIMA.

El recién estrenado
presidente del Perú,
Sánchez Cerro, muere
baleado en el hipódromo
de Santa Beatriz de Lima
en 1933, el mismo año que
se aprueba la
Constitución Política del
Perú y llega al mundo
Carlos Domínguez
Hernández,
El Chino Domínguez.



Herederó de los grandes fotógrafos peruanos como Maximiliano Danti,
Eugenio Courret, Martín Chambi o José Figueroa Aznar, el Chino Domínguez
decide ser fotógrafo en vez de pintor, porque su padre le convence que los
primeros son unos borrachos y los fotógrafos son disciplinados. Jamás
estuvo en los libros dedicados a la fotografía latinoamericana ni
perteneció a la plantilla de ningún medio de comunicación, lo que le hizo
ser el dueño absoluto de millón y medio de negativos que consiguió a lo
largo de su vida. Nada se le escapaba al Chino en las calles de Lima, en los
saraos de la bohemia, en los acontecimientos políticos de su agitado país,
con sus 15 presidentes que pasaron delante de su cámara. Con un retrato de
un pirañita retrataba a la ciudad, con el llanto de una campesina
retrataba a su país. En los Barrios Altos de Lima, donde vivió gran parte de
su vida, todo el mundo le saludaba al verlo pasar, con el respeto sincero
que él tenía a la vez hacia los vecinos de este distrito antiguo, popular y
últimamente violento. Con todos los ingredientes de un personaje literario
y cinematográfico, el Chino también fue olvidado por algún premio Nobel
peruano que intenta bucear por su barrio llegando de la zona más lujosa de
la Ciudad de los Reyes. Él sí que conocía bien Cinco Esquinas. En su casa de
la Quinta Heeren, un conjunto de viviendas del siglo XIX de estilo austro-
húngaro y en plena decadencia como el resto de Barrios Altos, el Chino
Domínguez me hablaba de su vida, de fotografía, de los cantantes y músicos
que pasaban a menudo por allí. Hablaba y dejaba hablar. "En Perú hay muy
buenos fotógrafos, y muchos no leen. Imagínate si leyeran, serían mucho
mejores", comentaba el Chino mientras bebíamos y veíamos un atardecer con
sonidos de motocarros de cholos y olor a anticuchos.
Carlos "Chino" Domínguez publicó su trabajo en los principales periódicos
nacionales e internacionales. Murió en 2011 en la misma ciudad donde nació.
Su archivo lo conserva actualmente la universidad Alas Peruanas de Perú.

Texto y fotografía ©Manuel Ruiz Toribio